

CAPITULO V.

En el que cuenta Feriquillo la bonanza que tuvo: el paradero del escribano Chanfaina: su reincidencia con Luisa, y otras cosillas nada ingratas á la curiosidad de los lectores.

SALI, pues, de la casa del trapiento medio confuso y avergonzado, sin acabar de persuadirme cómo podia haber una alma tan grande debajo de un exterior tan indecente; pero lo habia visto por mis ojos, y por mas que repugnara á mi ninguna filosofía, no podia negar su posibilidad.

Así pues, acordándome del trapiento y de mi amigo D. Antonio, me anduve de calle en calle sin sombrero, sin chupa y sin blanca, que era lo peor de todo.

Ya á las once del día no veia yo de hambre, y para más atormentar mi necesidad tuve que pasar por la Alcaicería, donde saben vdes. que hay tantas almuercerías, y como los bocaditos están en las puertas provocando con sus olores el apetito, mi ansioso estómago piaba por soplarse un par de platos de tlemolillo con su pi-

lon de tostaditas fritas; y así hambriento, goloso y desesperado, me entré en un truquito indecente que estaba en la misma calle, en el que habia juego de pillaje. Hablaré claro, era un *arrastradero* como aquel donde me metió *Januario*.

Entréme, como digo, y despues de colocado en la rueda, me quité el chaleco y comencé á tratar de venderlo, lo que no me costó mucho trabajo, en virtud de que estaba bueno y lo dí en la friolera de seis reales.

De ellos reundí dos en un zapato para almorzar, y me puse á jugar los otros cuatro; pero con tal cuidado, conducta y fortuna, que dentro de dos horas ya tenia de ganancia seis pesos, que en aquellas circunstancias y en aquel jueguito me parecieron seiscientos. No aguardé más, sino que fingiendo que salia à desaguar, tomé el camino del bodegon mas que de paso.

Me metí en él oliendo y atisbando las cazuelas con mas diligencia que un perro. Pedí de almorzar, y me embaulé cinco ó seis platitos con su correspondiente pulque y frijolillos; y ya satisfecho mi apetito me marché otra vez para el truco con designio de comprar un sombrero, que lo conseguí fácilmente y á poco precio, por señas de que no logré de esta aventura otra cosa que almorzar y tener sombrero, pues todo cuanto les habia ganado lo perdí con la misma facilidad que lo habia adquirido. De suerte que no tuve mas gusto que calentar el dinero, porque bien hecha la cuenta y á buen componer salí à mano, pues el sombrero me costó dos reales, y cuatro que gastaria en almuerzo y cigarros, fueron los seis reales en que vendí mi chaleco. Esto es lo que regularmente sucede à los jugadores: sueñan que ganan, y al fin de cuentas no son sino unos depositarios del dinero de los otros, y esto es cuando saben bien, que las mas veces vuelven la ganancia con rédito.

A consecuencia de haberme quedado sin medio real, me quedé tambien sin cenar, y por mucho favor del coime pasé la noche en

un banco del truco, donde no estrañé los saltos de las pulgas y ratas, las chinches, la música de los desentonados ronquidos de los compañeros, el pestífero zahumerio de sus mal digeridos alimentos, el porfiado canto y aleteo de un maldito gallo que estaba à mi cabecera, lo mullido del colchon de tablas, ni ninguna de cuantas incomodidades proporcionan semejantes posadas provisionales.

En fin, amaneció el dia, se levantaron todos tratando de desayunarse con aguardiente, segun costumbre, y yo adivinando qué haria para meter algo debajo de las narices, porque por desgracia estaba con un estómago robusto que deseaba digerir piedras, y no tenia con qué consolarlo.

En tan tristes circunstancias me acordé que aún tenia rosario con su buena medalla de plata y unos calzoncillos blancos de bramante casi nuevos. Me despojé de todo en un rincon, y como cuando tenia hambre vendia barato, al primero que me ofreció un peso por ámbas cosas se las solté prontamente ántes que se arrepintiera.

Me fuí á un café, donde me hice servir una tasa del tal licor con su correspondiente mollete, y à la vuelta dejé en el bodegon dos reales y medio depositados para que me diesen de comer al medio dia: compré medio de cigarros y me volví al truquito con cuatro reales de principal, pero aliviado del estómago y contento porque tenia segura la comida y los cigarros para aquel dia.

Fueron juntándose los cofrades de Birjan en la escuela, y cuando hubo una porcion considerable, se pusieron á jugar alegremente. Yo me acomodé en el mejor lugar con todos mis cuatro reales, y comenzaron á correr los albures.

Empecé á apostar de á medio y de á real, segun mi caudal, y conforme iba acertando iba subiendo el punto con tan buena suerte, que no tardé mucho en verme con cuatro pesos de ganancia y mi medalla que rescaté.

No quise exponerme á que se me arrancara tan presto como el dia anterior, y así sin decir ahí quedan las llaves, me salí para la calle y me fuí á almorzar.

Después de esta diligencia, comencé á vagar de una parte á otra sin destino, casa ni conocimiento, pensando qué haria ó donde me acomodaria siquiera para asegurar el plato y el techo.

Así me anduve toda la mañana hasta cosa de las dos de la tarde, hora en que el estómago me avisó que ya habia cocido el almuerzo y necesitaba de refuerzo; y así por no desatender sus insinuaciones me entré á la fonda de un meson, donde pedí de comer de á cuatro reales, y comí con desconfianza por si no cenara á la noche.

Luego que acabé me entré al truco para descansar de tanto como habia andado infructuosamente, y para divertirme con los buenos tacos y carambolistas; pero no jugaban à los trucos, sino á los albures en un rincon de la sala.

Como yo no tenia mejor rato que el que jugaba á las adivinanzas, me arrimé á la rueda con alguna cisca, porque los que jugaban eran payos con dinero y ninguno tan mugriento y desarrapado como yo.

Sin embargo, así que vieron que el primer albur que aposté fué de á peso y que lo gané, me hicieron lugar, y yo me determiné á jugar con valor.

No me salió malo el pensamiento, pues gané como cincuenta pesos, una mascada, una manga y un billete entero de nuestra Señora de Guadalupe.

Cuando me ví tan habilitado quise levantarme y salirme, y aún hice el incapié por más de dos ocasiones; pero como me veia acertado y habia tanto dinero, me picó la codicia y me clavé de firme en mi lugar, hasta que cansada la suerte de serme favorable, volvió contra mí el naípe y comencé á errar á gran prisa, de manera

que si lo que tenia lo habia ganado en veinte albures, lo perdí todo en diez ó doce, pues queria adivinar á fuerza de dinero.

En fin, á las cuatro de la tarde ya estaba yo sin blanca, sin manga, sin mascada y hasta sin mi medalla. No me quedó sino el billete, que no hubo quien me lo quisiera comprar ni dándolo con pérdida de un real.

Se acabó el juego, cada uno se fué á su destino, y yo me salí para la calle con un real ó dos que me dieron de barato.

Me encaminé á la Alcaicería al truquito de mi conocido, y despues de darle un real por la posada, me salí á andar las calles porque no tenia otra cosa que hacer. A las nueve de la noche cené de á medio y me fuí á acostar. Pasé una noche de los perros, lo mismo que la anterior. A otro dia me levanté y me estuve asoleando en la puerta del truco hasta las diez, hora en que viendo que no habia quien me convidara á almorzar, ni teniendo con qué ingeniar-me, pues el que mas me ofrecia era habilitarme sobre la camisa, la que no tuve valor de desnudarme, me fuí á andar fiado en el refrancillo que dice: perro que no anda no topa hueso.

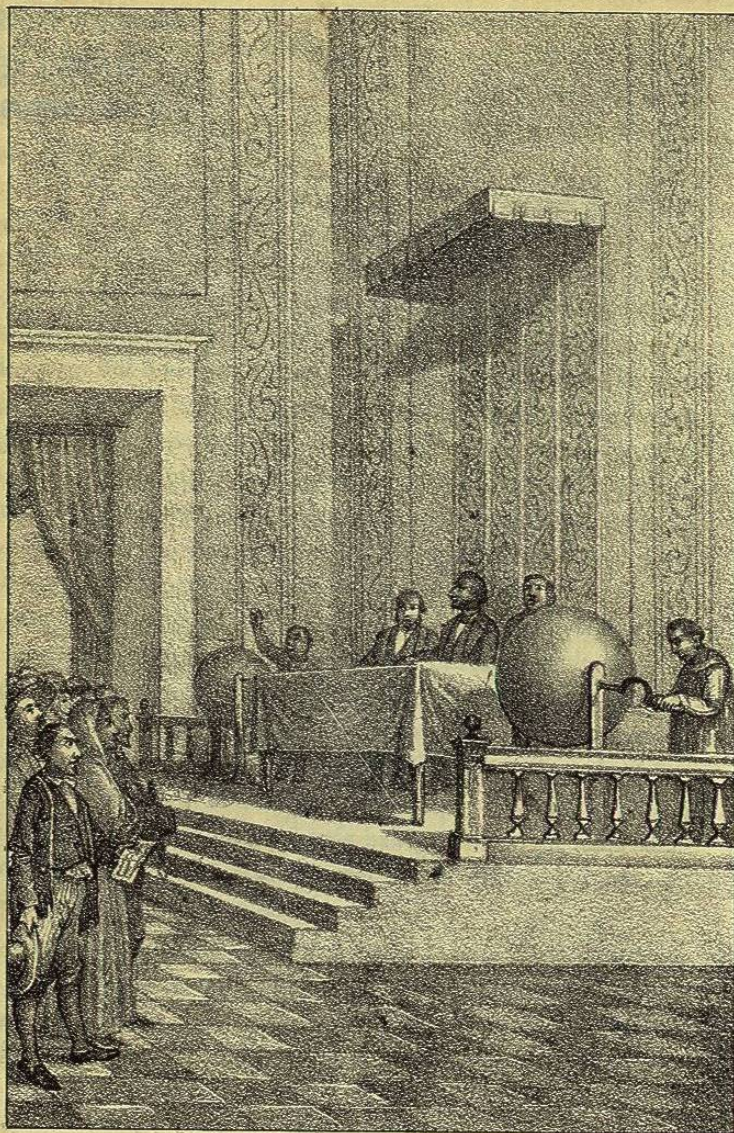
Ya iba yo por esta calle, ya por la otra, sin destino fijo y sin serme de provecho tanto andar, hasta que pasando por la calle de Tiburcio ví mucha gente en una casa, en cuyo patio habia un tablado con dosel, sillas y guardias. Como todos entraban, entré tambien y pregunté ¿qué era aquello? Dijéronme que se iba á hacer la rifa de Nuestra Señora de Guadalupe. Al momento me acordé de mi billete, y aunque jamás habia confiado en tales suertes, me quedé en el patio, mas bien por ver la solemnidad con que se hacia la rifa que por otra cosa.

En efecto, se comenzó esta, y á las diez ó doce bolas fué saliendo mi número (que me acuerdo que era 7596), premiado con tres mil pesos. Yo paraba las orejas cuando lo estaban gritando, y cuando lo fijaron en la tabla me limpiaba los ojos para verlo; pero cer-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÁ
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO



A los diez ó doce reales fué caliendo mi número con 3000 pesos

ciorado de que era el mismo que tenía, no sé cómo no me volví loco de gusto, porque en mi vida me había visto con tanto dinero.

Salí mas alegre que la pascua florida, y me encaminé para el truquito, porque por entónces no tenía mejores conocimientos que el coime y los concurrentes del juego, pues aunque cada rato encontraba muchos de los que ántes se decían mis amigos, unas veces hacia la del cohetero por no verlos de vergüenza, y otras, que eran las mas, ellos hacían que no me veían á mí, ó ya por no afrentarse con mi pelage, ó ya por no exponerse á que les pidiera alguna cosa.

Fuíme, pues, á mi conocido departamento, donde hallé ya formada la rueda de tahures y á mi amigo el coime presidiendo con su alcancía, cola, barajas, tijeras, jabon y demás instrumentos del arte.

Como el dinero infunde no sé que extraño orgullo, luego que entré los saludé no con encogimiento como ántes, sino con un garbete que parecía natural. ¿Cómo va amigo coime? ¿Qué hay camaradas? les dije. El y ellos apénas alzaron los ojos á verme, y haciéndome un dengue como la dama mas afiligranada, volvieron á continuar su tarea sin responderme una palabra.

Yo entónces apreté las espuelas al caballo de mi vanidad, y como rabiaba por participarles mi fortuna, les dije: ¡Ola! ¿Ninguno me saluda, hé? Pero ni es menester. Gracias á Dios que tengo mucho dinero y no necesito á ninguno de vdes. Uno de los jugadores, que ese dia asistia á la mesa, me conoció, como que fué mi condiscípulo en la primera escuela y sabia mi pronombre, y al oír la fanfarronada mia me miró, y como burlándose me dijo: ¡Oh Periquillo, hijo! ¿Tú eres? ¡Caramba! ¿Con que estás muy adinerado? Ven, hermano, siéntate aquí junto de mí, que algo mas me ha de tocar de tu dinero que á las ánimas.

Me hizo lugar y yo admití el favor; pero qué mondada llevó él y los demás cuando advirtieron que dejé correr ocho ó diez albuces